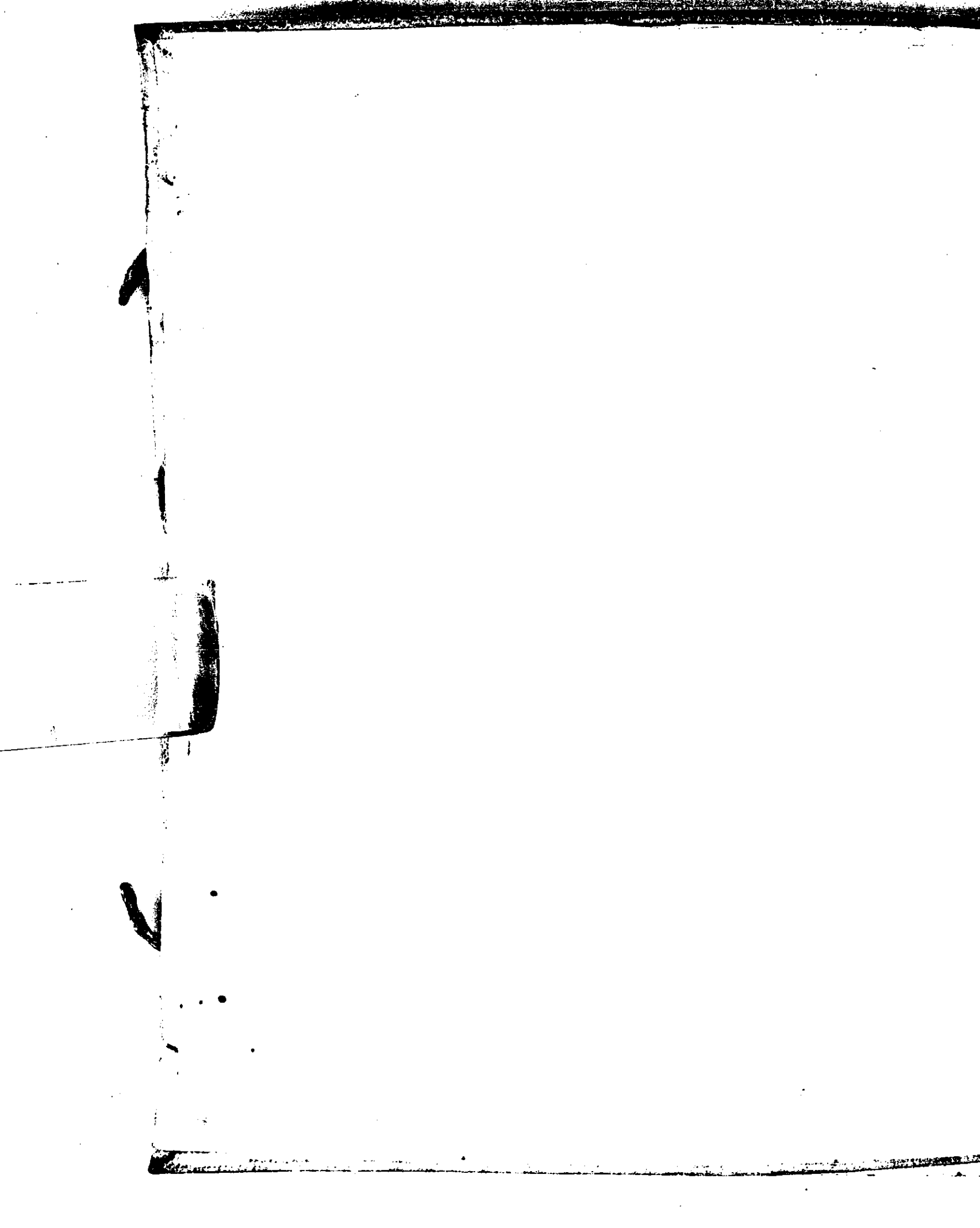


UR-578

OQUENDO, Miguel de

El leñe cántabro : vida del
señor don Antonio de Oquen-
do / por ... Miguel de Oquen-
do ... — * En Toledo : por Dio-
nisis Hidalgo, 1666



EL HEROE CANTABRO,

VIDA DEL SEÑOR DON ANTONIO
DE OQUENDO.



A la Muy Noble, y Muy. Leal Prouincia
de Guipuzcoa.

*Por el General Don Miguel de Oquendo,
Cauallero del Abito de Santiago, y Señor
de las Casas de Oquendo, y San
Millan.*



F. 1060

Con Licencia : En Toledo : Por Dionisio
Hidalgo. Año 1666.

OFFICE OF THE

COMMISSIONER

OF THE LAND OFFICE

STATE OF CALIFORNIA

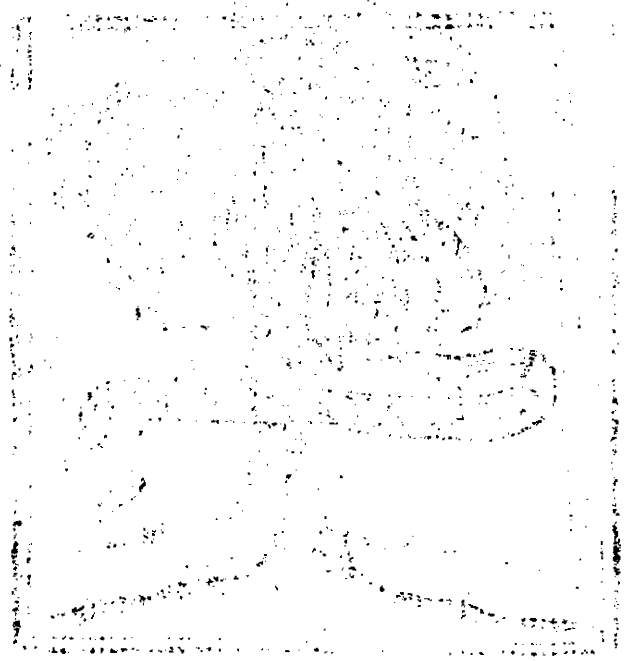
San Francisco, California

January 1, 1900

Dear Sir:

I have the honor to acknowledge the receipt of your letter of the 28th inst.

in relation to the above matter.



Very respectfully,
Commissioner of the Land Office

(Signature)

MVY NOBLE Y MVY

LEAL PROVINCIA
DE GVIPVZCOA.

EL Mar es sin duda principio de todas las vertientes de la tierra, que comunicándose por sus mas profundas y escondidas venas, derrama sus aguas, ya dulces, y purificadas, en fuentes, arroyos, y rios; y despues de aver corrido por sus dilatados espacios, rinden lo mismo que recibieron à sus furiosas y saladas ondas. Este simil obliga mi atención à que buelua à V.S. lo mismo que es tan fuyo, en este breve discurso de la Vida y Hazañas,

ñas del señor Don Antonio de
Oquendo, mi señor, pues auien-
do recibido en su regaço el ser,
sin tener gota de sangre que no
sea Guipuzcoana, fuera ingratitud
faltar à esta obligaciõ. Siempre
Guipuzcoa ha sido origen
de grandes y esforçados Varo-
nes: dexo aora las inauditas ha-
zañas de los Cantabros, siendo
materia merecedora de vn dila-
tado volumen, y assumpto par-
ticular de otra mas bien cortada
pluma, auiendose empleado en
contar sus glorias las de los ma-
yores Autores de la Antigüe-
dad, como fueron Silio Italico,
Po-

Poliuio, Oracio Flacio, Titol-
uio, Dion el Griego, Strabon,
Suetonio, Barron, Iustino, y
otros; y no averiguo aora qual
fue la parte principal de la Can-
tabria, que se opuso a los Roma-
nos Exercitos, siendo indubita-
ble que las Montañas de Gui-
puzcoa merecieron esta gloria.
Dizelo distintamente Lucio
Floro, señalando los lugares, y
puestos, de que aun oy ay vesti-
gios, que acreditan esta verdad.
Ni me detengo en prouar (sien-
do cosa conocida) que sola Gui-
puzcoa, el Señorío de Vizcaya,
y Montañas de Nauarra, han
con-

conseruado en si intactas la san-
gre, y origen de sus primeros po-
bladores despues del dilubio, sin
auer admitido jamàs mezcla de
otras Naciones: y viniendo à lo
particular de nuestros siglos, es
cierto que los seruicios que des-
pues que se vnio Guipuzcoa à
Castilla, ha hecho à sus Princi-
pes, son innumerables, conti-
nuandolos sin interualo alguno,
siendo sus esquadras el neruio
principal en todos tiempos de
la Armada del Occeano, como
se verà en parte por este discurs-
fo. No ha auido año en que aya
dexado de dar testimonios al

Mun-

Mundo de su fidelidad, y amob
à su Principe, acudiendole en los
mayores empeños, con donati-
uos copiosos, con soldados para
sus exercitos, y Marineros para
sus Armadas. El daño que hãsen
tido los enemigos desta Coro-
na de sus vaxeles, es indecible,
siendo cierto, que vno de los mo-
tiuos de desear Inglaterra la paz,
fue la hostilidad que sentia de las
fragatas de San Sebastian, y del
passaje. Del año de cinquenta y
seis, hasta el presente, han salido
del Ast llero de la villa de Osu-
xuil, mas de veinte y seis nauios,
siendo la mayor parte Galeones
de

de grueso porte, sin la Capitana Real, que se fabricò en Sã Sebastian al mismo tiempo, y otros vaxeles en diferētes Rias de Guipuzcoa, medio con que se refuerçan las Armas del Occeano, y de la carrera de Indias, y vltimamente V. S. en los passados y presentes siglos, ha sido el muro, y defenfa por essa parte desta Monarquia, assi por la disposicion, y fragosidad del terreno, como por el valor, y aliento de sus naturales, y presidios que la defienden, y aunque pudiera, assi en esta, como en otras materias de tenerme, dexo de hazerlo

por

por no ser mi assumpto, y por no
parecer largo. Recibirà V. S. este
pequeño seruicio de mi volun-
tad. Y le guarde Dios con la fe-
licidad que merece. Madrid 6.
de Abril de 1666.

D. Miguel de Oquendo.

Handwritten text, possibly a title or header, located at the top right of the page.

Handwritten text, possibly a title or header, located at the top right of the page.

Handwritten text, possibly a title or header, located at the top right of the page.

Handwritten text, possibly a title or header, located at the top right of the page.

Handwritten text, possibly a title or header, located at the top right of the page.

Handwritten text, possibly a title or header, located at the top right of the page.

Handwritten text, possibly a title or header, located at the top right of the page.

Handwritten text, possibly a title or header, located at the top right of the page.

Handwritten text, possibly a title or header, located at the top right of the page.

Handwritten text, possibly a title or header, located at the top right of the page.

Handwritten text, possibly a title or header, located at the top right of the page.

Handwritten text, possibly a title or header, located at the top right of the page.

Handwritten text, possibly a title or header, located at the top right of the page.

Handwritten text, possibly a title or header, located at the top right of the page.

Handwritten text, possibly a title or header, located at the top right of the page.

Handwritten text, possibly a title or header, located at the top right of the page.

Handwritten text, possibly a title or header, located at the top right of the page.

AL QUE LEYERE.

A Viendo naufragado la Armada Real
â los nueue de Octubre del año de
sesenta y tres en la costa de Rota (desdicha
merecida sin duda de nuestros excessos)
participé la mayor parte desta desgracia,
con la pérdida de todos los baxeles de mi
cargo, principal fuerza de la Armada, y
no pudiendo resistir al raudal impetuoso
deste, y otros infortunios (que nunca es
vnico el mal) me pareció huír su mala in-
fluencia con el retiro â mi casa, y cerca de
ella â vna deleitosa quinta, en que mi in-
clinaciõ (ayudada de lo apacible y ameno
del sitio, y del gustoso bullicio de la fami-
lia, ha podido ser en parte antidoto â mis
cuydados. Allí pues diuidiendo el tiempo
en exercicios prouechos â la salud, di su
parte también â la leccion de buenos libros,
compañeros, que sin enfadar deleitan, y
enseñan: ay tiempo en la Aldea para todo,
faltando aun para lo precisso en las Cor-
tes, y grandes Pueblos: tropecé â caso vn
dia

dia con algunos papeles que incluían successos particulares del señor D. Antonio mi señor, y mi padre, y llevado de lo admirable de sus execuciones, me pareció no ser bien que hazañas de tan gran Varon, con el curso del tiempo quedassen sepultadas en las tinieblas del oluido; y haziendome fuerza esta consideracion, determiné juntar las noticias que pude adquirir, aunque muchas de diferentes successos por descuido se han malogrado, y lo mas sucintamente que me ha sido posible darlas à la estampa: si te pareciere bien este discurso, será bastante premio para mi tu aprobacion: y si mal, disculpame con pensar, que lo que en otros es ostentacion de ingenio, ô fin particular, en mi es obligacion. Vale.

EL HEROE

CANTABRO.



Vida del señor Don Antonio de Oquendo.

Escriuiendo Plutarco la vida de Paulo Emilio, insigne Capitán Romano, despues de auer hecho larga relacion de las hazañas de los varones mas illustres que tuuieron Griegos, y Romanos, dize, que las vidas de aquellos grandes hombres las escribe para que siruan de ceuo à la curiosidad de los lectores, y admiré el valor, y gouierno de aquellas dos potentísimas Naciones; pero que la de Paulo Emilio la saca à luz, como dechado, y espejo en que todos se puedan mirar, y imitar sus estremadas, y excelentes virtudes, pues concurrieron en su persona todas las prendas releuantes de valor, y justicia, que hizierõ celebres, y conocidos en el Mundo à los demas. Siesto dize Plutarco por Emilio,

Vida del señor

con mas razón podrê yo dar â la estampa, y poner por exemplar viuo de nuestros tiempos la vida, y heroicos hechos, que en espacio de quarenta y ocho años que siruiô â su Rey, practicô el señor Don Antonio de Oquendo, en quien se hallaron juntos el valor, prudencia, y constancia de los antiguos, y modernos Capitanes; y vltimamente fue el credito de las armas naturales de su tiempo, y el terror, y espanto de las Naciones enemigas; siendo aun en su memoria venerable la del señor Don Antonio: y porque esta breue relacion ha de constar mas de sucesos verdaderos, q̄ de exageraciones, y hiperboles dilatados, la doy principio en la forma siguiente.

Naciô el señor D. Antonio por Junio del año de quinientos y setenta y siete, en la nobilissima Ciudad de San Sebastian, no menos celebre por auer tenido tal hijo, que por su antigüedad, y nobleza; fue su padre el General Miguel de Oquendo, de quien â no temer la dilaciô deste discurso, pudiera escriuir vn dilatado volumen de sus

sus hazañas, siendo la vltima en que echó
bello à sus seruicios, dandolos glorioso
fin (quando le encomendô el señor Rey
D. Phelipe el Segundo la Armada de ca-
torce vaxeles, que el año de ochenta y dos
mandô aprestar en el Puerto del passaje,
de que le hizo Capitan General, cõ la qual
huyendo sacado la gente mas lucida de la
Prouincia de Guipuzcoa, que en aquella
ocasion con su acostumbrado valor qui-
sieron seruir à su Magestad, y de la Ciu-
dad de San Sebastian su patria, entre per-
sonas particulares, y Marineros de expe-
riencia, ochocientos hombres: obrô auien-
dose incorporado con la Armada Real, de
que era Capitan General el Marques de
Santa Cruz, en la batalla que diô à la Ar-
mada Francesa sobre las Terceras, lo que
se sabe, y se podrâ ver mas largamente en
Luis de Babia en la tercera parte de su Põ-
tifical; pues dando como es razon el prin-
cipal lauro al Marques, tuuo la mayor
parte sin duda en aquel dicho suceso,
acudiendo con sus vaxeles en los mayo-

Vida del señor

rés empeños, y aprietos de la batalla, y rindiô con su Capitana la Almiranta de Francia, ganandola las vanderas, y estandarte, que oy en su casa dan testimonio desta verdad, y despues auiendole embestido juntos diez vaxeles enemigos, se defendiô gallardamente de todos ellos, y asistido de los suyos acabô de derrotar al enemigo. Muriô despues por Octubre del año de ochenta y ocho, de retirada de aque fatal suceso que tuuo el Duque de Medina Sidonia con la Armada Real en el Canal de Inglaterra, dexando al señor D. Antonio de pocos años, y â su casa con los empeños que suelen quedar, las que sin otro interes que el seruicio de su Principe, empeñan por esta razon sus haziendas. Su madre fue D. Maria de Zandategui, señora de la antiquissima Torre del Afarte, distante vna legua de San Sebastian; procurô criarle con todo cuidado, resplandeciêdo en la tierna infancia del señor D. Antonio vnos lexos de varon bizarro, cuyos aflomos ocasionauan â la esperança di
cho

de los fines: dióle Maestro que le enseñase buenas letras, atención que deuen tener los padres que desean ver á sus hijos con todo lucimiento, pues puede ser vn moço con ardimiento valiente, y virtuoso, mas faltádole el estudio, no sabrá ser virtuoso, ni valiente. Descubrió aun no auiendo acabado la gramática, mas inclinación á las armas, que á las letras: y así pidió cesasse el cuidado de enseñar se las, y se le facasse algun entretenimiento en la Armada, con que poder decentemente empeçar á seguir los passos de su padre, resolución que lloró toda la vida, pues deuenos seguir el consejo de Seneca, que dize: *Studia enim optimè felicitatem extollunt, & facillimè calamitates minuunt*: que con la ciencia se dá entero cumplimiento á la felicidad humana, y con ella tambien las mayores adversidades se minorá. Isócrates á este proposito, que de la misma suerte que el hierro se auétaja al oro en la guerra para defenderse, y ofender al enemigo, así tambien en la vida humana es mas preciosa la

la sabiduria, q̄ las riquezas, simbolo docto
de la verdad, es la saeta, cō la pluma buela
el hierro que ha de herir al enemigo; dióse
cumplimiento á sus deseos con vn entre-
tenimiento de veinte escudos, que se le fa-
cō para las galeras de Na poles, declaran-
do el despacho que fue para el Conde de
Lemos, Virrey de aquel Reino; los grãdes
seruicios de su padre. Tendria el señor D.
Antonio diez y seis años quãdo salio á ser-
uir; y asistido de los medios necessarios
para el viaje, quando su madre solicitaua
los futuros para su lucimiento en Napoles;
con intrepido coraçon (grande aun en
aquella edad) la dixo que no se fatigasse
en buscarlos, que lo que con instancia la
pedia, era que la hazienda que auia here-
dado de su padre, la repartiessse en dar es-
tado decēte á tres hermanas que dexaua,
que él en su valor libraua su fortuna: y
despedido de los cariños de la familia,
llego con breuedad á Napoles. Era Gene-
ral de las galeras de aquel Reino el señor
D. Pedro de Toledo, debaxo de cuya ma-

seruió algunos años cō general aplauso y satisfacion de sus Cabos; despues lleuado de particular inclinacion, solicitó passar á la Armada del Oceano, y lo consiguió con treinta escudos de entretenimiento, gouernandola en aquella sazón el señor D. Luis Fajardo. No auia aun vn año que asistia al lado de su General, quando se le ofreció al señor D. Antonio ocasion en que poder dar bastantes muestras al mundo de su valor (dificiles encubrirse vn espíritu ardiente, aunque se dissimule con los accidentes de los tiempos) hallauase recién venido á la Armada, y aunque con algun credito grangeado en las galeras, faltauanle testigos que le apoyassen, ayudaua tambien poco á sus buenos deseos, que eran de que se le encomédasse alguna sfaccion. El considerarle de pocos años, y sin experiencia, ni practica en la nauigación, y manejo de los nauios de alto bordo, tan distinta del de las galeras, lo que se conoce: autorizauale solo su apacible trato: era á todos agradable su conuersacion, sin per-

perjuizio de nadie: veíase vnida en su persona la viueza del espíritu con el juicio, y asiento aun de mayor edad, partes que grangearon la voluntad de su General; para que le encomendasse vna de las facciones de mas importacia q̄ en aquella sazón concurrieron. Infestaua las costas de Portugal, y Andalucia con gran daño del comercio, vn Cofario Ingles, que con dos vaxeles, el vno de seiscientas toneladas en que asistia, y otro algo menor, no permitia se nauegassen sin doblada fuerza aquellos mares. Fueron tan continuados los insultos, y robos que hazia cada dia, y los clamores juntamēte de algunos interesados, q̄ llegarō à la noticia de su Magestad, y assi mādō al señor D. Luis Fajardo q̄ embiasse à castigar al Cofario, y limpiar aquella costa algũ Cabo de reputaciō con bastante fuerza de vaxeles de la Armada. Todos los q̄ en aquella sazón se hallauā en ella, y de inuernada en Lisboa, sollicitauā esta empresa, valiendose para conseguirla de quantos medios les ofrecia su inteli

gen

gencia: entre los demas ofreció su persona con tanta resolucion el señor D. Antonio, y con dueño de lo que dezia, asegurando el buen suceso si se le encomendava, que aunque no le faltaron contradicciones, fundadas en sus pocos años, y servicios, resolvió su General fiarle el desempeño de esta accion.

Engañanse los que piensan q en los muchos años está la suficiencia, y que no la puede aver en los pocos, fundados que solo en las canas se halla la buena direcció, y acierto, y que sin largas experiencias no se pueden conseguir grandes sucesos.

De veinte y quatro años, dize Eutropio, que triunfó el gran Pompeyo de Africa, auendo tambien en termino de tres meses castigado los Corsarios que inquietauan el Mediterraneo, y echadoles á pique, y apresado mas de ochocientos vaxeles: y Estrauon dize, quemó mil y treientos, que aunque no fueron del genero que oy se nauegan, fue vna de las mayores hazañas del gran Pompeyo. Por

la breuedad del tiempo, y sus pocos años puede ser que no la dieran tan glorioso fin ninguno de aquellos Padres Conscriptos del Senado Romano.

De Scipion se sabe que muy moço le encomendaron los exercitos Romanos, auiendo sido causa su ardiēte zelo de que no desamparassen despues de la batalla de Canas los principales del Senado à Roma, estando tan vnidos cō aquella desgracia el miedo, y las Canas, que sin reparar en la perdida de reputacion de aquella potentissima Republica, querian dexar à Italia, y en manos del vitorioso Anibal la Ciudad, si el animoso zelo del joué Scipion no se les pusiera delante con la espada desnuda, jurando por Iupiter Capitolino (la mayor de sus falsas deidades) de quitar la vida con ella à quien no jurasse assistiria hasta el vltimo aliento, en conseruar la gloria de su Ciudad. Resoluciō q̄ bastô à darle el nōbre de su segūdo fundador

Quinto Curcio, y Plutarco assegaran que por treinta y tres años dominô a

mandando el Magno Alexandro, auiendo celebrado â todas las Prouincias del Oriente Cortes generales en Babilonia, le Bueluo â coger el hilo â mi discurso, y digo, q̄ auiendosele dado al señor D. Antonio las ordenes necessarias, y preuenidole dos vaxeles de los mas ligeros, y â proposito q̄ auia en la Armada, nôbrados el mayor de porte de seiscientas toneladas, el Delfin de Escocia, y el segundo de quinientas, la Dobladilla, bien tripulados de marineria, y infanteria â su satisfacion, se hizo â la vela del rio de Lisboa en busca del Cosario â los quince de Julio del año de mil y seiscientos y quatro, y auiendo corrido toda la costa, y reconocido los Cabos de San Vicente, y Santa Maria, hasta dar vista â Cadiz, no fue possible, por mas de veinte dias, adquirir noticia alguna del Cosario, hasta q̄ â los siete de Agosto al amanecer, se descubrieron que venian la buelta de tierra dos nauios de considerable porte, que por las señas se juzgaron ser los que buscauan: con que auiendo dado el señor

Don Antonio la orden de lo q̄ se deuía ha-
zer, y animado à los suyos, dexando en
manos de Dios el suceso, puso las proas
de sus vaxeles en busca del Cosario, el qual
à este tiempo no se descuidaua; que teniē-
do por segura la presa, se encaminò la
buelta de los nuestros, y con gallarda re-
solucion, aunque con viento escaso, des-
pues de auernos dado vna carga muy es-
pesa de artilleria, y mosqueteria, que durò
de entrambas partes todo el tiempo de la
refriega, abordò al señor D. Antonio, echã-
dole al mismo tiempo cien hombres bien
armados dentro de su baxel, que fuerõ re-
cibidos de los nuestros con singular valor,
trauandose de vna, y otra parte vna san-
grienta batalla, q̄ durò por mas de dos ho-
ras, acudiendo siēpre el Cosario cõ nueuas
tropas de gēte fresca, q̄ à no ser la nuestra
de tanta satisfacion, sin duda se passara
mal: pero auiendo hecho el señor D. Anto-
nio el vltimo esfuerço, y animado à los
suyos, que ya à este tiempo auian muerto
de los Ingleses la mayor parte (no sin mu-
cha

cha sangre propia) y los demás descón-
certados se iban retirando, los acabó de
echar de su baxel, cayendo en la mar al-
gunos, donde se ahogaron: y gozando la di-
cha que su buena suerte le ofrecia, dispuso
que de la gente de mas valor, y menos fa-
tigada, saltasse con vn Cabo de satisfacion
la mayor parte en el baxel del Cosario,
que se executó al punto cō muchas muer-
tes de vna, y otra parte, causandolas en los
nuestros los fuegos artificiales, y pedreros
que traía el enemigo preuenidos para se-
mejante ocasion, y viendose perdido, de-
seó desatracarse, y ponerse en huida, que
siendo conocido el intento, se le embaraçó
de nuestra parte, con que le fue preciso re-
dirse con los pocos que le auian quedado.

En este tiempo su segundo baxel, q̄ des-
de el principio se auia estado acañoneado
con la Dobladilla, viendo rendida su Capi-
tana, se puso en huida: y aunque por todo
aquel dia fue seguido, no se le pudo dar
alcance.

Quedaron nuestros baxeles tan mal tra-
ta-

Vida del señor

tados, principalmente el del señor Don Antonio, que fue preciso tomar el primer puerto, como se hizo, entrando en el de Cascaes, donde fue recibido con particulares festejos del pueblo, viendo cargado de cadenas â aquel que en tanto tiempo se las auia puesto al comercio.

No se supo en Lisboa nada despues q̄ fallerõ los dos baxeles de aquel puerto: deste silencio, y suspensõ se sospechaua algũ fin niestro suceso. Nunca la virtud careciõ de emulos q̄ la persigã, y al señor D. Antonio no le faltauan en la Armada estos, pues esparricieron voz de que auiendo peleado cõ el Cosario, se auia retirado desbaratado â Cadiz; sacõlos â todos de dudas vn correo que llegõ â Lisboa, despachado del señor D. Antonio con la noticia cierta del suceso, y relacion de los muertos, y heridos de entrambas partes, y de los prisioneros, y estimacion del nauio apresado, que se reputõ en vna gruesa suma, siguiendo â este auiso el señor D. Antonio, que entrõ en aquel puerto vitorioso dentro de pocos dias.

dias. Fue grãde el alborozo de aquella insigne Ciudad, y en particular del comercio. Supose con breuedad en Madrid el suceso, y mereció el señor D. Antonio vna carta de su Magestad, con particulares honras, continuandolas su General con tantas demostraciones de cariño, que no huuo ocasion en que de alli adelante no le procurasse adelantar, como se experimentó mientras viuió.

Dicha fue del señor D. Antonio hallarse dotado de valor, y prudencia; pero mayor sin duda auer quien se lo conociesse, y le diese ocasion en que poder mostrarlo.

Muchos Cesares, y Scipiones ay olvidados en los exercitos, y muchos Senecas en la rusticidad de effos campos, y por falta de conocimiento en quien les puede dar la mano, quedan los vnos, y los otros sepultados en las tinieblas de su poca dicha. Muy al proposito lo dixo Oracio: *Paulum sepultè distat in ertie cœlata virtus*: que ay poca diferencia de la virtud escondida, à la pereça sepultada. Y Perseo

Vida del señor

â este proposito : *Scire tuum nihil est, nisi te scire hoc, sciat alter.* Importa poco, dize, que tengas el concepto de ti que merecentus prendas, si esso mismo lo ignora quien te puede mejorar de fortuna. Essos Planetas Celestes estân compuestos de tan releuante materia, como se conoce, mas quedâranse a escuras, si para su lucimiêto el Sol no les prestara sus luzes.

Como el mûdo huuiera sido sabidor de la justicia, y valor de Trajano, si no huuiera tenido vn Nerma, que de tã corta esfera le huuiera leuantado â la gloria del Imperio Romano. Tenia entonces el valor en los exercitos, y las ciencias en las academias, la recompensa deuida â los trabajos adquiridos, siendo los Romanos tan eficazes en la obseruâcia de la justicia distributiua, que sola esta virtud les assegurô su duracion. En aquel tiempo buscava el premio â la virtud, no la inteligencia, y maña al premio. Dauanse los puestos â los que mejor los mereciessen, no â los que mejor los solicitassen; siguiendose de lo con-

tra-

trario confusión, y desorden. Sacava Roma para sus desempeños, en los mayores ahogos, del arado Consules que la gouernassen, y Capitanes que la defendiesen; mostrandose aquellos grandes hombres tan poco ambiciosos en sus empleos, que acabado el tiempo en que se juzgaron necesarios â su Republica, boluian â cultiuar sus heredades: de que pudiera traer exemplos, á no estar sus Coronicas llenas de ellos.

No se ofreció ocasion despues del successo del Cosario Ingles, en que el señor Don Luis Fajardo no procurasse adelantar al señor Don Antonio, dandole diferentes troços de la Armada, con que acudiesse â las mas vrgentes necesidades.

Obró de manara en todos los lances que se le encomendaron, que muerto el General Martin de Bertendona, que lo era de la esquadra del señorío de Vizcaya, fue su Magestad seruido (aun no auiedo dos años que seruia en la Armada) de honrarle con el Gouierno de la de Vizcaya, mostrando

Vida del señor

en el despacho que se le embiô, la estimacion que hazia de su persona; como se conocer â por vna de sus clausulas, que me ha parecido ponerla. Dize pues: Siendo yo informado de los buenos principios de vos D. Antonio de Oquendo; por la satisfacion q̃ auéis dado en algunas ocasiones, en que el mi Capitan General de la Armada del Oceano os ha encomendado nauios de ella, para salir à buscar los enemigos, con quienes auéis peleado, y rendido los con valor, y echado otros à pique; à imitacion de Miguel de Oquendo vuestro padre, Capitan General que fue de la esquadra de la Prouincia de Guipuzcoa, y confiando que cada dia ireis procurando semejarle mas en las obras, he resuelto hazer elecciõ de vuestra persona, para que gouerneis, y tengais à vuestro cargo la esquadra de Vizcaya, &c. Hasta aqui son palabras del despacho.

Entrô pues â gouernarla el señor D. Antonio, con particular aplauso, y sequito, y porque no estuuiesse ocioso, se le mandô saliesse luego â la mar, para embarçar, y preuenir los disignios que la Armada de
Olan-

Dlanda tenia de infestar nuestras costas; y entrando en nuestros puertos, quemar los nauios que hallasse en ellos; y para poder executar lo, traía cantidad de fuegos artificiales. Salióle muy mal su disignio, pues teniendo noticia que el señor D. Antonio, con parte de la Armada le buscaua, se retiró sin hazer daño alguno.

Auiendo seruido en el gouierno de la esquadra de Vizcaya, y despues en el de la de Guipuzcoa algun tiempo, mandó su Magestad, q̄ de las dos, y de la de las quatro villas, se formasse vna con nombre de esquadra de Cántabria, y que passasse á gouernarla el señor D. Antonio, como se executó por Julio del año de mil seiscientos y siete: haziendo sete merced dos años despues de General, en propiedad de la misma esquadra de Cantabria.

Todos los despachos que se hallan del señor D. Antonio desde aquel dia se reducen á mandarle salir á la mar, sin darle vn punto de folsiego: assi para limpiar las costas de Cofaños, como lo executó, apresan-

Vida del señor

doles muchos nauios, como tambien para otros expedientes, q̄ ocurrierō en aquella sazō. Vno de ellos fue, comboyar las Naos que venian de la India â Lisboa, y poco despues los Galeones de la plata, y flota de Nueva-España â Cadiz, por Julio del año de seiscientos y nueue: auiendo hecho estos dos seruicios en termino de tres meses, con que facilitō la pretension de General de flota de Nueva-España, con retencion de la esquadra de Cantabria: y acabado el viaje de Indias, boluiō â exercer su puesto.

Saliō poco despues la Armada â la mar, gouernandola el señor Principe Filiberto, mereciendo el señor D. Antonio Almirantearle, hōrandole su Alteza por sus cartas con particular demonstracion.

Despues desto se boluieron â formar esquadras en las tres Prouincias, y se le diō titulo de General de la de Guipuzcoa, con ausencias, y enfermedades del Almirante General. No mucho despues hallandose la Armada sin los dos Cauos principales, la

la gouernô el señor D. Antonio en todas las ocasiones que se ofrecieron, que no fueron pocas. Hasta que por Febrero del año de seiscientos y veinte y tres le hizo merced su Magestad de General de Galeones, mandandole que dexando el gouierno de la Armada, passasse luego desde Lisboa à Cadiz, à dar calor à su apresto. Y auiendo concludido aquel viaje, passados dos años, el de veinte y seis le hizo merced de Almirante General en propiedad de la Armada del Oceano, no sin embaraços muy cõsiderables, ocasionados de quien deuiera con mas razon darle la mano, despues de treinta años de seruicos efectiuos, que representados por el señor D. Fadrique de Toledo, su Geneal, le adquirieron esta honra.

Los seruicios q̄ se hazen à los Principes, pocas, ò niguna vez llegan à sus oídos, si el arcaduz por donde deue caminar su noticia, se les cierra: importa mas saberle grangear para medrar, que muchos años de fatigas.

Vida del señor

Hallauase el señor D. Antonio fuera de la Corte, continuando el seruicio del Rey: auia al tiempo, que por muerte de D. Iuan Fajardo vacó este puesto, otros que solici-
tauan por todos medios conseguirle: teniã tan adelantada su pretension, que à no hallarse presente el señor D. Fadrique, pudo ser les valiera su solitud.

Era muy loable la costumbre de los Reyes de Persia, que para que las acciones heroicas de sus vassallos, ni por el curso del tiempo se les olvidassen, ni por estar ausentes dexassen de tenerles presentes, mandauan, que los mas señalados seruicios que se les hazian en su tiempo, se escriuiesse en sus Coronicas, y que destas, todas las noches les leyessen parte, para por este medio exercer la justicia distributua, dãdo à cada vno el premio deuido à sus trabajos.

Verificose bien quando el potentissimo Rey Assuero, mãdo que Mardoqueo, condenado à muerte por Aman, su Priuado, saliesse de lo infimo en que su fortuna le

tenia, à fer vno de los Principes de su Monarquia, y que la mesma horca, que el dia siguiente le estaua preuenida, siruiesse para acabar la vida miserablemente; el mayor valido que el mundo viô, suspendiendo en ella al mesmo Aman: y es cierto que ni este huuiera quedado cõ el castigo deuido à sus excessos, ni aquel con el premio de auer dado la vida al mesmo Rey, librándole de vna traicion, que le tenian preuenida. Si no huuiera obseruado el estilo de sus ascendientes, escriuiendo en sus Coronicas esta accion de Mardoqueo, y leyéndola por permision diuina, la noche antecedente, al dia diputado à su muerte, y de toda su nacion.

Aun no vn año despues que el señor D. Antonio se hallaua Almirante General, asistiendo en Cadiz con la Armada, sucediô que el Maestro de campo, Diego de Escouedo, Governador de la Mamora, le diô auiso como se hallaua sitiado de infinito numero de Moros, y tan apretado, que si en muy breue termino no le socorrian, le
se-

Vida del señor

sería preciso rendir la plaza: llegó esta nueva cōtales circunstancias de ahogos, y la vrgencia con que instaua, se tomasse resolución; fue tal, que al señor D. Antonio le pareció ser de menos inconueniente auenturarse â qualquier riesgo que le pudiesse venir, que el que se perdiessse vna plaza de tanta consequencia. Y assi sin aguardar orden alguna de Madrid, se resoluió â hazer el socorro por su persona, mandando que dentro de quatro dias se preuiniessen los baxeles, que se hallauan mas prontos â nauegar, y fletando algunas embarcaciones menores para desennibaraçar la gente, juntó la mas lucida, y efetiua que tenia la Armada, y embarcandose con ella, llegó â vista de la Mamora.

Pareció â los sitiados milagroso el socorro, tanto mayor, y con mas demonstraciones de alegria recibido, quanto menos esperado, pues juzgauan que aun la noticia del sitio no se sabia en Madrid. Socorriose la plaza, con grande mortandad de aquellos barbaros, que infamemente boluierõ
las

las espaldas; siendo Dios seruido que por este medio se saliesse de tan gran cuidado.

La gallarda resolucion del señor D. Antonio mereció en la Corte particulares aplausos, y de su Magestad vna carta, mucha parte de ella de su mano; fauor particular, y mas estimable, quanto menos vsado: esta acion, y otras que deuieran grangear el agrado de vn gran Ministro, para sollicitar la justa recompensa de semejantes seruicios, no fueron solamente causa de assègurar su voluntad, sino que procurô apartar la persona del señor D. Antonio de la Armada, y con vn pretexto decoroso quitarle de la vista, embiandole â Indias con titulo de Presidente de Panama: de que resultô auiedo tenido noticia desta tan impensada promocion, pedir licencia para retirarse â su casa; y auiedosele cõcedido, estando en ella bien ageno de semejante nouedad, tuuo orden el Gouernador de Fuenterauia para llevarle preso â aquella plaça.

No ay mayor mal en vna Republica;

D

que

Vida del señor

que el que la gouierna estê dominado de alguna vehemente passion, y que la razon no tenga el lugar que merece, atropellando con el poder el derecho, y las leyes. Dixo muy bien Seneca â este proposito: *Non faciunt equum meliorem aurei freni, neque hominem prastantiorum fortuna ornamenta*: que de la mesma suerte que no haze de mayor bondad â vn cauallo el tener freno, y jaezes de oro: tampoco al hombre le mejoran los ornatos de la fortuna; antes siendo de peruerso natural, el poder le influye atrocidades.

Define muy bien Ciceron â la fortuna, y llamala ciega, y q̄ haze ciegos â los que la poseen: que mayor ceguedad que por vn fin particular, apartar â los hombres q̄ se juzgan necessarios de la parte en que pueden ser de vtil, y seruicio de su Principe, y remontarlos â donde sean de ningũ prouecho al bien publico.

No podia ser el señor D. Antonio grande sin estos golpes, porque ninguno lo ha sido, ni lo serâ sin aduersidad; de que pu-

podiera traer hartos exemplos antiguos, y modernos.

No solamente fue este el vnico, antes fue principio de otros muchos, capitulandole en materias de reputacion, quando su principal cuidado fue siempre mantener la de su Principe, sin mirar otros interesses.

Nunca vn mal viene solo: assi como vn alto edificio que haze vicio no se mueue vna piedra sin mouerse otras tras ellas; assi en el peligroso edificio desta vida nunca viene vn pesar sin traer otros tras si. Las tribulaciones son como los rios, que en sus principios todos son pequeños, y â poca distancia se les van juntando tantos arroyos, que quando entran en el mar, no se pueden passar, sino por la gloriosa puente de la paciencia. Aun los mas afortunados raras vezes hallâ la dicha cûplida, que serâ los que nacieron desgraciados, pues aunque abunden de meritos caerân de ella? Muy bien lo sintieron los Romanos, pues estando su Ciudad llena de

templos dedicados á diferentes deidades de sus falsos Dioses, y entre otros al trabajo, y fatiga, solo el de la dicha; y descanso le edificaron fuera de los muros de Roma: segun Plinio en la carrera Lauicana, apartado del comercio humano: moralidad que enseña lo dificil de su logro.

Portóse el señor D. Antonio con singular valor en sus infortunios (que no solo consiste el animo en pelear con el enemigo: ocasiones puede auer en q̄ se necesite de mayor constancia, y siempre parecerá superior, quando cō mas coraçon se lleuaren las aduersidades.) Si al marinero le hinchesse siempre las velas el viento de popa, nunca mostraria el primor de su arte: de la mesma forma, si todas las cosas suceden al varon fuerte felizmēte, nunca dará muestras de su virtud, porque la afficcion es vnico, y vniuersal toque. Dixo muy bien Demetrio, que ninguno le parecia mas desdichado, que aquel á quiē ninguna desdicha le auia sucedido. Los trabajos sin duda fortalecē el animo; y de la manera que
los

los árboles combatidos de los vientos echan mas profundas raizes, assi los grandes hombres se arraigan mas en la virtud, impelidos algunas vezes de los vientos de la adversidad. Vna redoma de agua de ambar tapada, y puesta en vn escritorio sin moverla, no muestra su fragancia, y olor, mas reboluiendola traciende por toda la casa: assi bien la virtud quieta, y libre de tribulaciones no muestra su excelencia, mas atribulada, y perseguida, declara, y publica la marauillosa fragancia de su perfeccion.

Boluió en fin el señor Don Antonio á enquadernarse en el seruicio del Rey, auiendo salido de sus cuidados con el lucimiento que merecian sus seruicios, acrecentandolos poco despues con el de auer quitado á vn troço de la Armada Olandesa vna de las carracas que venian de la India de Portugal, que apartada con temporal de la conserua, y comboy que traía, encontró con el enemigo, y cercandola cō ocho baxeles de guerra, sin duda alguna fuera des-

Vida del señor

despojo de su codicia, si oyendo el señor D. Antonio (que con parte de la Armada andaua costeando aquellos mares) el estruêdo de la artilleria, no acudiera â tiempo que con singular valor la sacô de sus manos, retirandose vergonçosamente el Olâdes, lastimado de auer perdido tan importante presa.

Y aunque desde este tiempo, hasta el año de treinta y vno, no le faltaron ocasiones en q̄ dar nueuas muestras al mundo de la gallardia de su espíritu, pues rara vez salió al mar q̄ dexasse de encontrar al enemigo, y pelearse con él. Siendo mi intento hazer vn breue epitome de sus hazañas, mas q̄ largas relaciones de sus seruicios, reducirê lo que me falta deste discurso â dos acciones deste Cauallero, q̄ qualquiera de ellas puede formar vn heroe: La primera executada el año de treinta y vno, y la vltima el de treinta y nueue, muy parecidas al fin principal â que se dirigeron; que fue â llevar socorro al Brasil, y â los Estados de Flandes, auiendolo cõseguido felicissimamente.

mente con dos batallas de las mas sangrientas, y reñidas que han visto nuestros tiempos.

Y dando principio al primer suceso, es menester suponer que las fuerças de las Prouincias Vnidas de Olanda, y Celandá, se hallauan tan superiores en la mar á las nuestras en los años de mil y seiscientos y treinta, y seiscientos y treinta y vno, que aun las partes mas remotas desta Monarquia no estauan seguras de sus Armadas. Instauan algunas plaças del Brasil por socorro, pidiendole las de Pernambuco, y la Vaía de todos Santos, con tan repetidos ahogos, viendose oprimidas de las fuerças Olandesas, que en aquellos mares con vna poderosa Armada eran su total ruina, que obligô á su Magestad esta noticia á mandar al señor D. Antonio, que con los baxeles mas prompts que se hallassen en la Armada para poder nauegar, las socorriese. Eran estos tan pocos, y tan mal peltrechados de todas las cosas necessarias, no solo para poder oponerse á tan superiores fuerças,

Vida del señor

ças, como las que traía el enemigo, sino que aun para hazer esta nauegació se juzgauan inutiles.

Bien se le ofrecian al señor D. Antonio los inconuenientes que auia de tener esta jornada, y quan arriesgada iba en ella la reputacion de las armas de su Rey, y la suya; mas atropellandolos intrepido, se ofreció â hazer este seruicio.

Salió pues de Lisboa á cinco de Mayo del año de treinta y vno, desconfiado casi de todo punto de poder passar la linea có la menor fuerça que jamas tuuo Armada Real, pues se componia solo de diez y seis nauios, que los cinco mayores no tenian la mitad de la infanteria que auia menester, y los otros cinco de la Corona de Portugal, de los quales ninguno passaua de trecientas toneladas; se guarnecian con quarenta soldados Portugueses visónos cada vno, y los seis que restauan, que eran menos, Capitana, y Almiranta, poco mayores que los otros, no lleuauan la dotacion cumplida.

El socorro para Pernambuco, y la Baía de todos Santos, iba en doze carauelas á orden del Conde de Bañolo; sabiendo que auia de encontrar al enemigo mas poderoso que jamas estuuo; conoció el riesgo, y no le euitó por ser valiente de pensado.

Supo el Olandes por confidentes que tenia en la Vaía el numero tamaño, y disposicion de los baxeles de nuestra Armada, y escogió entre todos los suyos, que eran mas de treinta, otros tantos con que salirle al encuétro; bizarría hipocrita, pues siendo de porte con exceso superior, metió en ellos la gente de mas lustre de todo su exercito en copiosissimo numero, puso-sele al passo con mas cuidado de que no se le fuesse (tanta era su soberuia) que de parecerle que podia ser vencido, amanecieron vna mañana las dos armadas vna á vista de otra, la Española á sotavento de la enemiga, que fue dicha del valor deste Cauallero; tener tantas ventajas fu contrario: llamaron ambos Generales á con-



sejo, y el Conde de Vañolo embiò à dezir al señor D. Antonio, que la gente que lleuaua de socorro, se repartiessè por los nauios de guerra, no para vencer, que aun desta manera parecia dificultoso, sino para defenderse; à que respondiò el señor D. Antonio (à qui enmudece la embidia) que aquella gente la lleuaua para socorrer à Pernambuco, que no queria que se la menoscabassè el enemigo, porque aunque le sucediessè bien, faltaua al primer intento à que le embiaua su Magestad, que se recogiesse con las carabelas en que lleuaua su gente à la parte mas segura, que él esperaua en Dios salir bien de aquel empeño.

Començòse la batalla à las ocho de la mañana, y porque las circunstancias de este dicho suceso se entenderàn mejor por la misma carta que escriuiò à su Magestad el señor Don Antonio en quince de Octubre del mismo año de treinta y vno, la he querido poner à la letra, y dize assi:

Señor, en cartas de diez, y nueue, y veinte de Julio, que escriui à V. Magestad, con una

Trabaja que despachò el Governador Diego Luis de Oliuera, y partió pocos dias despues de la Baia de todos Santos, di quenta à V. Magestad, como al cabo de sesenta y ocho dias de nauegacion, auia llegado à ella con todos los baxeles que saque de Lisboa, que estava disponiendo el socorro que se auia de hazer, y preuiniendo el de Pernambuco, y la Paryba, y la forma de llevarle mas comoda, y seguramente, con lo demas que hasta entonces se me ofrecia que auisar à V. Magestad, y que para los veinte de Agosto entendia salir à nauegar.

Trabajòse à medida de lo que importaua la breue salida, como se lucio, pues con estar estos Galeones tan necesitados, no solo del lado q̄ se les diò, sino de otros muchos beneficios que se les hizieron, auerse dado carena à las mas de las doze carauelas del socorro, y à las demas obras de marea; mudadosse à ellas el bastimento, municiones, peltrechos, y artilleria; hecho comodidad para la gente, y otras muchas cosas, estuue dispuesto para salir à los diez y ocho, auiendo usado de todos los medios q̄ pude, para que los particulares q̄ me auian de acompa-

Vida del señor

ñar hizieffen lo mismo: y echando viandas, señalando tiempo anticipado, para que por lo menos pudiesen salir quando yo. Este dia juntè à consejo à los Pilotos, àl Conde de Bãñolo, General Ballecilla, y los demas que otras vezes entraron en èl, para tratar de la partida, como se acostumbra, señalar el Puerto à donde se auia de ir, y de lo demas que pareciesse conueniente para mayor acierto de lo que se auia de hazer; y aunque à mi se me hizo cuesta arriba detenerme una hora, por la falta de bastimentos con que me hallaua, como lo escriui à V. Magestad en la carta de diez y nueue de Julio que refiero, y otras causas que ocurriã, todavia, conformandome con los pareceres de todos (como cosa que V. Magestad me encargò diferentes vezes) esperè à la Luna nueva, que fue à los veinte y siete de Agosto; considerando, que el tiempo no era mucho, que el que corria era ruin, y que en èl se acabarian de despachar los nauios de particulares, por ser cierto, que antes no pudieron, siendo muchos, pocos los Oficiales, embaraçandose por esta causa los unos à los otros, y por tener la mayor parte de

los acucares fuera de allí. A los veinte y
ocho que se auia de partir, como estauis acordado,
y a los veinte y nueve descubrieron los Ga-
leones Capitania de Masibradi, San Carlos
de la misma esquadra, y San Martin de la de
Guipuzcoa, tales aguas repentinas, que aun
en el mismo Puerto temi no podrian librarse de
irse à pique, passando de esta afliccion à recelar
(aunque sin indicio) que podrian ser barrenos
solicitados de algunos dueños de nauios de
particulares, que no estuuiessen despachados;
pues à todas estas cosas estamos sujetos los que
seruimos à V. Magestad en la mar. Lo que yo
lo sintiria se dexa considerar, viendo que iba
dond: el enemigo se hallaua con tantas fuer-
zas, con pocos mal ordenados, y pequeños na-
uios, y que los en que esperaua alguna ayuda,
se hallauan impossibilitados de acompañar-
me, y lo que trabajaria por ver si se podria re-
mediar la poca preuencion de bucos, que uno
solo, y malo se hallò en esta Armada, que aun
no seruia con tal plaça; desahuciò luego; de
que sin descargar lo que tenian dentro los Ga-
leones San Carlos, y San Martin, se les pu-
dies-

Vida del señor.

diessse hazer beneficio, y assi se pusieron tan çafos, como si huieran de recibir carena. La Capitania de Masibradi tenia mas alta la agua, con que se pudo tomar sin aquella diligencia, y en efecto la que se puso fue tal, que en siete dias estuieron para nauegar a los tres de Septiembre, con buen tiempo para salir, y apartarme de la costa, me hize a la vela con los once Nauios de la Corona de Castilla, y los cinco Galeonçetes de la de Portugal, las doze Carauelas del socorro, y veinte Nauios de particulares, cargados de açucar, palo, y otros frutos de aquella tierra. A este mismo tiempo poco mas, o menos, se supo despues que auia salido la Armada del enemigo la buelta de la Baia en busca desta, con intento de pelear, y quemarla en ella: animado su General de la nueua que tuuo de confidentes suyos de la misma Baia, de la poca gente q̄ esta Armada lleuaua, por auer embarcado la mayor parte en las Carauelas; la poca fuerça de los Nauios, y q̄ solo era de V. Magestad este de quien solo se podia hazer quenta, para cuyo efecto escogio de las treinta y dos Naos que tenia diez, y seis

las

de mayor porte, y mejores, haziendo lo mismo de la gente, sin querer acrecentarla, por parecerle bastante fuerza para deshazer esta.

Dieronme vista al ponerse el Sol dos Nauios suyos, que aunque los siguieron otros desta Armada, no los pudieron alcanzar, y de ellos supo mi salida, con que se gouernò en buscarme más à punto cierto: à los quatro se descubrieron tres Nauios, haziendo abumadas, y disparando artilleria, señal de llamar à otros, y tampoco se pudieron dar alcance. Juntaronse cinco el dia siguiente, los tres fueron la buelta del Norte, y los dos la del Sur, con que tuue por cierto que me esperaba alguna Armada, y naugando con el cuidado q̄ se requeria, y con tiempos contrarios. Viernes à doze de Septiembre amaneciò à barlouento desta, que con bricas andaua en diez y ocho grados de altura à la parte del Sur, de la Equinocial, ochenta leguas de tierra al Leste de los Abrojos, la Armada Olandesa, que se formaua de diez y seis Galeones gruesos, de que era General Adrian Anspater, y Almirante el General Martin Tiz.

Disparòse una pieça desta Capitana, y se puso

fo señal para q̄ las Caravelas, y los Nauios de particulares se recogiesfen, y los de la Armada tomaran sus p̄stos, como lo hizierō la Almiranta, y algunos Galeones; y por hallarse à barlouento la Almiranta de Masibradi, los Nauios San Buena Ventura, San Carlos, y San Bartolome, y no ir à tomar los suyos, les embiè orden con un barco, que luego lo hiziesfen, pero ni esto basto; y si con esta demonstracion de buen animo huuieran correspondido los efectos, quando llegò la ocasion, fuera mas tolerable la desorden. Embiome à dezir el Conde de Bañolo, que las fuerças del enemigo eran incomparablemente superiores à las nuestras, y que me valiesse de los mil hombres que lleuaua en las Carauelas, à que le respondi, estimandole su buen zelo, que aquella gente la lleuaua para el socorro de aquella p̄ça, y que de menoscabarla el enemigo, se faltaua al principal intento de V. Magestad, que se recogiesse segun la orden à la parte mas segura.

En este mismo tiempo hizo consejo el enemigo, segun se vio en auer acudido los baxeles à la Capitana, y viendo que despues de

de averle concluido, puso las cenaderas de luengo para abordar, como quien tenia la paz, ò la guerra en su mano, por hallarse à barlovento: porque no pareciesse efecto solo de su voluntad el venir à las manos, puesto como refiero à V. Magestad, en forma de batalla con mi Capitana, y los demas de la Armada, le tirè una pieça con vala en señal de ella, largando el estandarte Real en la quadra, y respondiendome con otra, se encaminò à mi Capitana con la suya, y otra Nao de mas de nouecientas toneladas, y lo mismo hizo su Almiranta con otra casi del mismo porte, siguiendoles su Armada con muy buena orden, tomadas sus velas mayores. Componiase como he dicho à V. Magestad de diez, y seis Galeones, que ninguno baxava de quinientas toneladas, y los mas, fuera de Capitana, y Almiranta, que sobrepujauan à todos, eran de setecientas à noueciētas toneladas, menos uno, que seruia de patache, de trecientas: fuerça bien desigual, de la que por su relacion escriuiò Matias de Alburquerque.

Llegò la Almiranta del enemigo à la nues-

tra primero que la Capitana a esta, por hallarse mas cerca, y con tanta determinacion, y defestimacion, que sin declararlo los prisioneros que despues se recogieron, pudo conocerse evidentemente que sabia le faltava la gente que avia menester para su guarniciõ, si bien yo se la avia aumentado con catorce soldados sobre los ciento y veinte que V. Magestad le mandò señalar, y los soldados recogieron algunos sueltos, hasta numero de ciento y cincuenta, que todos fueron pocos, como tambien lo fueron los ciento y cinquenta, q̃ para este Galeon se señalaron, si no se le huvieran añadido otros cinquenta soldados mas, que la guerra de oy no permite regularse por la passada, sino que se atienda que el enemigo se halla cenado, en muchas ocasiones atreuido, y reforçado de Naos de mayor porte, que jamas ha tenido,

Llegada à tiro de mosquete, le hizo el General Ballecilla dar la carga de artilleria, y mosqueteria, primero dandole lugar à que abordasse, y diesse la suya sin estoruo, y con mas ventajas. Ciñeronse ambos: pero luego se apartò la del enemigo, y llegando la otra, que como
 he

he dicho antes, era de noucientas toneladas, la abordò, y diò su carga, de la qual me aseguran los que escaparon de nuestra Almiranta, les matò sesenta personas, y hirió al General Ballecilla de dos mosquetazos, boluiò la Almiranta del enemigo à abordar à la nuestra, cogiendola en medio, à tiempo que el Galeoncete San Buena Ventura la fue à socorrer con mas buena intencion que maña, pues auiendo de ceñirse con uno de los dos Galeones enemigos, ò con el nuestro si pudiera, se atravesò por las proas de los tres, impossibilitando de çafarse à nuestra Almiranta que lo i va ha-ziendo con mucho daño propio. Continuan- dose sus cargas con muchas ventajas del enemigo en la artilleria, por traer quarenta y ocho piezas su Almiranta, en dos andanas, que jugaua sin las de arriba, y el otro à este res- peto, y de superiores calibos, diò su Almi- ranta à la nuestra algunos cañonazos en la po- pa, de calidad que se la abriò, y comecò à hazer mucha agua, à tiempo que se prendiò fuego en el Galeon q̄ acompañaua la Almiranta enemiga, estando todos quatro abordados, y en breue sin

Vida del señor

poderlo remediar, se quemò juntamente con nuestra Almiranta, cañandose con grande riesgo, la del enemigo muy destrocada, y con diferentes fuegos, que siendo socorrida de sus navios, se pudo conseruar, y llevarse al navio San Buena-ventura, despues de auerle muerto toda la gente, aunque le logró poco: porque antes de anocheecer se le fue a pique: en todo el tiempo que estuuieron peleando, me halle en el rigor de la batalla, y no tuue con quien ordenar socorriesen à la Almiranta, ni entendi fuera menester que yo lo advertiera: que aunque fuera dificultoso librarla del fuego, pudiera ser que se recogiera mas gente, y al General Ballecilla, que se echò à la mar con las dos heridas que he referido, y la cara, y manos lastimadas de fuego, que fuera mucha parte para moderar la perdida, por ser persona de tanto provecho, y que tambien siruiò à V. Magestad, poco despues de auerse abordado las Almirantas, llegó la Capitana del enemigo à esta, que la estaua esperando con solo el trinquete largo, y las velas de Gauia arriadas, auiendo passado por medio de los quatro Galeones, que estauan à varlovento,

tan

D. Antonio de Oquendo:

23

tan superior à todos en el tamaño, bien artillada, y dispuesta, que parecia se le devia justamente el nombre que tenia de Principe, y no menos al General Adrian Anspater, que venia en ella de valiente, que lo anduvo tanto en todo, que conformò con la estimacion que hazian del los Estados, como lo declara el titulo que tenia de Generalissimo, sobre todos los Generales de la mar, con quinientos escudos al mes.

Venia poco despues el Galeon que la acompañava, y los dos, tan seguros de la presa, que como despues lo declararon algunos prisioneros, se auia jactado el General, de que me auia de llevar à Olanda con mi Capitana, por despojo de la vitoria que tenia cierta; pero Dios castigò su soberuia, como V. Magestad lo verá en el discurso desta carta. No quise que se le disparase artilleria, ni mosqueteria, hasta tenerle muy cerca, y al meter su baupres por entre mi mesana, y el arbol mayor, se le diò la carga, siendo despues de la suya; pero tan bien, y à tiempo, que se le hizo mucho destroço en el Galeon, y en la gente, que traia descubierta, como en esta Armada lo acostumbramos, y dispuesta para

Vida del señor

para saltar en este Galeon. Echónos luego el barpeo, y sin duda devió de hazerlo por persuadirse, à que nos valdriamos mas aprisa de los pies, que de las manos, como si no nos huiera visto esperarle à pie quedo, y porque no se arrepintiesse, mandè amarrarle con un calabrote, de manera que aunque despues procurò largandome el barpeo con su cadena, y vsado de otros medios para apartarse, no pudo.

Hize echar el timon à la banda, para que ayudado este Nauio del choque que nos diò, tomasse por delante, como felizmente sucediò, quedando à barlouento del enemigo, que fue parte muy principal de nuestra conseruacion, venimos à ceñirnos costado con costado, y proa con proa. Boluimos à darnos la carga de artilleria, y mosqueteria, estando assi, aunque el enemigo como lo he referido con muchas ventajjas en la artilleria: por no jugar esta Capitana pieça alguna de las baxas, y la suya todas, que eran cinquenta y seis, y tales, que si no lo biera, y huiera recojido algunas valas q̄ quedaron aqui, ni me atreuiera à referirlo à V. M. ni me persuadiera à que nauios lo pudieffen to-

le-

terar, pues son de quarenta à quarenta y ocho libras, siendo el mayor calibo desta Armada, de à veinte y dos, que por ser de la andana baxa de este Galeon no se juegan. Començose à pelear entre las dos Capitanas muy rigurosamente, y muchas mas quando llegó el otro Galeon que acompañava la del enemigo, abordanome por el otro lado con tanta violencia, que haziendo à los que estavamos abordados dar una buelta en redondo, vine yo à quedar en medio de los dos, desde el medio cuerpo del Galeon à proa, y sus popas, que seruian de valuartes sobre nuestra Placa de Armas, haziendose traueses el uno al otro.

A este tiempo llegó à socorrerme el navio Placeres menor, uno de los de Portugal, de que era Capitan Cosme de Cauto, errando el modo como San Buenaventura, y sin fuerça, pues la de navio de dozientas toneladas, y quarenta y dos visños, que cada uno de los cinco trae, bien se vee de que efecto pudo ser en tal ocasion, y atrauesandose por las proas de los enemigos, le echaron luego à pique, quedando parte de su gente sobre la agua, que despues se recogió

sin

Vida del señor

sin sauer dar razon ninguno, si el Capitan se abogò, ò si se metiò en el Galeon del enemigo: solo diz en que estava herido.

Assimismo llegò por mi quadra à socorrerme la Capitana de Masibradi, en que viene embarcado el Capitan Iuan de Prado, y arrimandose à la popa del enemigo, pudo diuertirle para que no estuuiesse tan sobresi, con tanto trabajo, fuego, y humo, como salia de todos, tantos heridos, y muertos. Peleamos en la Placa de Armas mas de ocho horas, desde las ocho del dia, que se començò la batalla, hasta las quatro de la tarde sin cessar con la artilleria, y mosqueteria, y respondiendò con la artilleria de la quadra deste Galeon, à los nauios del enemigo, que iban passando, dandonos sus cargas, y viendo la mucha fatiga de la gente, y principalmente que el dia se iba passando, me resolui à quemarlos, como tratè de hazerlo, pues aunque tenia tanto inconueniente hallandonos todos ceñidos, me pareciò que no lo era menor la dilacion en satisfacer su atreuimiento, y obrando, Nuestro Señor fue seruido que con una pieça de proa, se le meties-

se à la Capitana del enemigo, saco, y fuego, y toda la carga por una porta de Santa Barbara, de donde començo luego à prender fuego, asistieron à apagarle, y de acá à estorbarlo, aunque con mucho daño de todos: porque como era el punto mas apretado, y essencial, se exponian à los mayores peligros, recibiendo en particular nuestra gente mucho daño de la mosqueteria, y pedreros que el enemigo traia en las garzas; de donde todo el dia tiro; pero cobrando fuerza el fuego, se fue ardiendo la Nao, y previniendo el inconueniente de su vecindad, pues de qualquier tiempo que se perdiera en apartarnos, fuera infalible quemarnos todos, sin atender al otro nauio, que estaua abordado con su Capitana, y destrocado de los muchos valancos que tenia. Hize dar un calabrote à la Capitana de Masibradi, que se hallaua à sotavento, para que arriuando me sacasse asido por la popa, y auendosi ganado el estandarte que traia la Capitana del enemigo, por la quadra, me apartè de ella, quedando ya ahogado el General Pater, que o desesperado, como su gente lo dize, o huyendo del fuego, se echò al

mar: apagose cō presteza mi trinquete, que ar-
 dia, y otros cinco, ò seis fuegos que me pegaron,
 teniendo muy buena ayuda para todo en el Ca-
 pitán Iuan de Prado, à quien por ello, y lo bien
 que aquel dia peleò, será muy justo que V. M.
 le haga merced.

En todo este tiempo anduvieron cañonean-
 dose los nauios del enemigo con los de la Ar-
 mada desde afuera, y aunque los nuestros te-
 nian orden de abordar, y merecieran en execu-
 tarlo, y assistir à su Capitana, y Almiranta,
 mas de lo que lo hizieron, tuve à dicha que
 el enemigo no los abordase, que segun la vent-
 aja de sus baxeles, y gente, y la poca de guerra,
 y poca, y tan inutil de mar, que los desta Ar-
 mada tenian, es cierto lo passarian muy mal.

La Capitana de quatro Villas, de que es Ca-
 pitán Martin de Larreta, se hallò à mi varlo-
 uento à tiempo, que demas de los dos nauios
 que me tenian abordado, venian à hazer lo
 mesmo otros tres, y se lo estoruo, y auiendo
 intentado hazerlo otro Galeon, se lo impi-
 dio San Pedro de quatro Villas, que viene à
 cargo del Capitan Don Ioseph de Gabria. A
 las

Las cinco de la tarde se acabò de quemar la Capitana del enemigo, aviendo llegado el fuego à la poluora, que volò con notable violencia. El otro Galeon que la acompañò, quedò tan destrozado, sin timon, aparejos, y popa, y el agua à las cubiertas, y con diferentes fuegos, que dos horas despues que su Capitana se acabò de quemar, con que el resto de su Armada viendo que determinava seguirla, se puso en conocida fuga, largando todas sus velas la buelta de tierra, dexandonos el campo libre; y aunque les seguimos, hasta anochecer, no se le pudo dar alcance, ni era muy facil, por auer quedado tan destrozada esta Armada, en particular esta Capitana, que parece imposible poder nauegar mas, sin quedarle espolon, quarteles, camara, ni costado, que no estè hecho un harnero, y con muchos valaços à la lumbre del agua, sin ceuadera, velas de gauia, y trinquete, y sin aparejo que no estè hecho pedaços. Auiendo Dios sido seruido de darnos tan dichoso sucesso, deuiendo-sele mas à su misericordia, que à nuestras cortas fuerças.

Las carauelas, y nauios de particulares,

que auian estado abrigados desta Armada, y pidiendo a Nuestro Señor su conseruacion, como cosa que tanto auian menester, y de que dependia su seguridad, en particular el Conde de Bañalo, se incorporaron luego con el resto de la Armada. El numero de los muertos en ella, llegaron a quinientos y ochenta y cinco, el de los heridos a dozientos y uno, y en todos setecientos y ochenta y seis, como consta por la relacion general, que embio à V. Magestad con sus nombres, siendo la mayor parte desta Capitana: pues de la Almiranta se recojó mucha gente de los que se echaron al agua.

El enemigo perdió segun la relacion de algunos prisioneros, que se han cojido mas de mil y nouecientos hombres en la Capitana, y los dos Galeones que se quemaron, sin los que del resto de la Armada perecieron, siendo la perdida principal, la de su General.

Vâ dilatando el discurso desta carta el señor Don Antonio, diziendo à su Magestad los Cabos que cumplieron con su obligacion aquel dia, y como no sin grandes inconuenientes, y tormentas, se metiô e

fo

focorro en Pernambuco, assegurandose por este medio aquellas Plaças, y como el enemigo reforçado con mas numero de nauios, le dió vista en diferentes dias, y que viendo le esperaua en forma de batalla, nunca quiso boluer â prouar la mano.

Despues desto, auiendose remediado lo mejor que se pudo los daños de la Armada en aquellos Puertos, y recibido bastimentos, se hizo â la vela la buelta de España, y auiendo passado sobre la Isla de San Miguel vna tormenta deshecha, que duró quatro dias, que en aquel parage, y por Nouiembre es muy ordinario, llegó â Lisboa â los veinte del mesmo con la Armada, de donde despachó correo â su Magestad, con el auiso de todo lo sucedido, mereciendole particulares honras, y merced de Consejero de Guerra, con otras.

Permitaseme ponderar breueméte tres acciones deste Cauallero en este suceso, merecedoras de otra mas bien cortada pluma. La primera, auiendole ofrecido el Conde de Bañolo el focorro que lleuaua

Vida del señor

en las doze carauelas, por verle tã inferior en fuerças al enemigo, no lo admitiô, pudiendolo hazer por tantas razones, sin mengua de su reputacion : caso bien sin exéplar, pues se sabe assi en los passados, como en los presentes siglos, que los Generales de mas opinion siempre han procurado buscar al enemigo con ventajas, y de ninguno q̄ teniendo el socorro â la vista can inferiores fuerças, sin valerse d'el le acometieffe con tan inimitable obseruancia en el señor Don Antonio, de parecerle que si lo hazia, faltaua al disignio principal; â que era embiado por su Principe.

La segunda, no es menos plausible que la primera : aviendole abordado la Capitana del enemigo con tanta desestimaciô, que con temor que se le fuesse, le echô el harpeo , viniendo acompaãada de otro Galeon el mayor que tenia, hallarse el señor Don Antonio tan sobre si, que se persuadiô que avia de llegar lance, en q̄ aquellas dos grandes maquinas , le avian de huír el cuerpo, y assi mandô con intrepido

coraçon, amarrar el harpeo del enemigo con vn calabrote, para que quando quisiera huírle no pudiesse ponerlo en afecto, como sucediô, aviendo hecho quantas diligencias pudo por apartarse; y no me admiro, pues de algunos prisioneros se supo que se hallaua â este tiempo falto de casi toda la gente particular que le afsistia, despues de aver estado abordados peleando con tanta obstinacion ocho horas continuas. De nuestra Capitana se sabe quedô casi en el mesmo estado, y se puede colegir por lo que sucediô aquella noche al señor D. Antonio, q̄ aviendole dispuesto vna moderada, y mal preuenida cena, mandô â vn pajecillo que llamasse los camaradas, que eran diez, entre Capitanes, y entretenidos, y despues de averlos buscado, boluiô diziendole: Bien puede V. S. cenar solo, que no ha quedado ninguno, y hecha diligencia de si era assi, se hallô que los ocho avian muerto, y los dos estauan muy mal heridos.

La tercera accion, no solamente es de
sol-

soldado, sino de experimentadissimo mar-
rinero; pues viendo venir la Capitana del
enemigo á abordarle , y que la ventaja
principal en la mar, es ser dueño del vien-
to el que pelea, como lo era en esta oca-
sion el Olandes. Reconociendo que el cho-
que le venia á dar por entre el arbol ma-
yor, y la mesana, mandô que con preste-
za echassen el tinjon á la vanda, para que
ayudada nuestra Capitana de la violencia
del golpe de la del enemigo, tomasse por
abante, como sucediô, quedando el enemi-
go á sotavento, y nosotros dueños del viê-
to. Mucho merece vn General en saber
disponer vn exercito, ô vna Armada an-
tes de la batalla; pero el estar en si en los
mayores aprietos de ella, mal se puede sin
la asistencia diuina.

Desde este año hasta el de treinta y nue-
ue no le faltaron al señor Don Antonio di-
ferentes empleos, en continuacion de sus
seruicios, assi en Italia, como en Indias,
saliendo de todos con la reputacion que es
notorio: mas porque el vltimo fue donde
echô

echô el sello á sus hazañas, y en el que diô fin glorioso á sus trabajos, me ha parecido escriuirle con todas las circunstancias que merece, valiendome como hasta aqui de los papeles, y despachos que le acreditan.

Hallauãse pues el año de treinta y nueue las costas de Cantabria, y Galicia, infestadas de vna poderosa Armada del Rey de Francia, â orden del Arçobispo de Burdeus, que aviendo destruido a Laredo, amenazaua mayores daños.

Al mesmo tiempo los exercitos Franceses, numerosos en infantes, y caualllos, diuertian nuestras fuerças en el Condado de Ruifellon, Italia, y Flandes, instauan estos Estados por socorro, gouernandolos el Serenissimo señor Infante Cardenal. Confiôse en el Consejo de Estado, y Guerra. juntos, el remedio: los votos se reducian â defender por tierra la costa, y â llevar â Flandes el socorro de forma que no lo impidiesse la Armada Francesa, con vn largo rodeo, expuesto â mil desdichas, y riesgos, dando la buelta por Escocia, y desembar-



candole en Ostende; y aunque por estos inconuenientes se resoluió que se hiziesse el socorro sin el rodeo, lleuandole por el canal de Inglaterra, se ofrecian de nuevo dos embaraços. El primero, auer de juntar con breuedad Armada que bastasse à oponerse à la de Frãcia, y echarla de nuestras costas, y lleuasse despues el socorro à Flandes.

El otro, buscar vn Cabo de tanta reputacion, y experiencia, que diesse feliz cumplimiento à estas dos emprellas, y nos sacasse de tan gran cuidado: el que se puso en el primero, fue tal que en bréue se juntó en la Baía de Cadiz bastante numero de baxeles para oponerse al enemigo, si conformâra cõ el numero la calidad, y tamaño, como se vió despues por el afecto. En el segũdo huuo poco que hazer, pues con facilidad conuinieron todos, aprouandolo su Magestad, que solo el señor Don Antonio (que nunca supo negarse à semejantes empleos) podia hazer este seruicio, embiõsele à Cadiz la orden, encargandole que
se

se ganassen las horas posibles en el apresto de la Armada, respecto de la suma importancia de aquella empresa, no eran menester muchas instancias, para quien siempre antepuso el servicio de su Principe à sus propias comodidades, y así en breues dias se hallò de bergas en alto, y dispuesto à nauegar.

Saliò pues el señor D. Antonio por Agosto de el mesmo año de treinta y nueue de la Baía de Cadiz, con la Armada, la buelta de Galicia, donde tuuo noticia podria hallar al enemigo. Gastò en el viaje no poco tiempo, que le hizo por mucha altura, con intento de mōtar, aun con el caso, viento que le detenia los Cabos de San Vicente, y Finisterræ, y auiendolos doblado, se dejó caer sobre la Coruña; no entrò en el Puerto, esperò que dël saliesse las Naos del cargo de Don Lope de Hozes, y si bien lo executò con toda presteza, no pudo llegarle con tanta priessa, que con mayor el Frances, y no le huuiera huído el cuerpo, recojiendose à sus Puertos.

Vida del señor

Limpia, y à la costa de España, del enemigo, hizieron su nauegacion, para llevar el socorro à Flandes, llegados al canal, se descubrió la Armada Olandesa; pero porque esta sin duda fue vna de las mas horribles batallas q̄ jamas ha visto el Occeano sobre su espalda, pondré algunos capitulos à la letra, de la relacion que haze el señor Don Antonio à su Magestad: porque así se verá la verdad mas desnuda de adorno, y tambien porque no piense alguno que la passion me pueda guiar la pluma; dize pues así.

Señor, desde el Cabo de Pier di quenta à V. Magestad de que me encaminaua la buelta del Norte, por auer tenido auiso del Marques de los Velez, de que la Armada de Francia, sin querer esperar me, se auia retirado à sus Puertos, y de que por ser el tiempo, que ventana trauesia de sus costas, y à proposito para esta derrota, se eligió. Y aqui represento à V. M. todo lo sucedido en esta jornada: el esfuerço possible hize, señor, por alcãçar los nauios Ingleses, que se diuidieron desta Armada, quando sali
de

de la Coruña, y aunque algunos de ella les dieron vista, no pudieron alcanzarlos: en el Puerto de Dunas entendí que avian llegado à juntarse con su Armada. A los diez de Setiembre fue Nuestro Señor seruido, que con todo viniessen a boca de Canal, y à los diez, y seis por la mañana amaneci sobre doze navios del Estado de Olanda, à vista del Cabo de Bebecet, que està catorce leguas de Dunas, à los quales se les juntaron otros cinco, y yendoles dando caça algunos de los de mi cargo, y yo siguiendoles, quando llegaron cerca, despues de auerse acanõnado un rato, fueron quedandose los nuestros, hallandome solo con la Capitana Real, y con las diez, y siete Naos del enemigo, y viendome en aquel empeño, assi por el credito de las Armas de V. Magestad, como por lo que deseava ceñirme con su Capitana, desde que lleguè à tiro de cañon de su Armada, que estava en forma de media luna, hasta que pude ponerme delante de ella, que tardaria una hora, fui recibiendo las cargas de todos, sin dispararles pieça ninguna, hasta que pude arriuar, para abordar a su Capitana, que comencè à valer-

me

Vida del señor

me de mi Artilleria, y mosqueteria, sin averlo podido conseguir, por aver largado mas paño, como todas las demas de su Compañia, y amparadose de otra Nao suya, poniendose por su sotavento, y yendo à abordar à su Almiranta, que era la ultima, me derribaron de un cañonazo el velacho de proa, con que alargando la vela mayor, y sus juanetes, y por no averse embarcado con ella la Capitana de Dunquerque, que lo pudo hazer, se fue alargando como las demas, recibiendo uno de sus navios, que no pudo seguir à los suyos con tanta velocidad, parte de la carga que le di, con que le echè luego à pique, sin averse salvado mas que dos hombres, de toda la gente que tría, quedando esta Capitana tan destrozada, que ninguna de las velas, ni aparejos, le pudo servir, y con quarenta y tres muertos, y entre ellos el Condestable; persona que me ha hecho mucha falta, y otros tantos heridos, y en ellos los Capitanes Don Bernardo de Quiros Donato, Antonio Escoroncela, y Pedro de Oransoro.

A los diez, y siete, amaneciò à la vista el enemigo, haziendo llamamientos à mas Naos

con

con la artilleria, y aviendo se le juntado otros diez y seis navios a los diez y ocho, a la una de la mañana comenzó a pelear con la artilleria, estando a varlovento, y durò el reencuentro hasta las quatro de la tarde sin cessar, aviendo llevado el mayor peso de todo esta Capitana Real, y Santa Teresa, y tambien la Almiranta Real, y algunos pocos Galeones: porque los demas, con la bonança se sotaventaron, y por lo poco que procuraron dar el costado a los del enemigo antes desto, aviendo passado por sotavento la mayor parte de toda la Armada. Viò la buelta de los enemigos el Almirante Matheo Vlazani, que aunque devieran averlo hecho todos, fue quin diò principio a esta accion de buen soldado, y marinero. Siguiéronle los demas, con que diuirtieron al enemigo, a quien devieran aver abordado; pero como he dicho a V. Magestad, me hallava con pocos hombres de provecho para tales ocasiones, al Almirante Matheo Vlazani, diz en le llevaron la cabeza, al tiempo que emparejó con otra Nao del enemigo, de un cañonaco, con lo qual la gente de su Capitana desatinada, siguió sobradamente el bor-

Vida del señor

bordo, y un patache que le acompañaua hizo lo mismo, y ambos dieron en manos de seis nauios de Olanda, que les embistieron, y abordando, les rindieron facilissimamente.

Por lo que siruiò à V. Magestad en el discurso de su vida el Almirante Vlaxani, y por que la perdió en accion, y ocasion tan gallarda, serà muy de la piedad, y grandezza de V. M. mandar que se haga merced à quien heredare sus trabajos, y aunque torne à quedar muy desaparejado, virè sobre ellos, por auerme dexado el enemigo, quando ya se los lleuauan, y cobrè la Capitana, passandose los Olandeses que tenia à un patache que la acompañaua, si bien la del enemigo, y todos sus nauios viraron para estoruarlo, no pude recuperar el patache, por llevarle muy lejos el enemigo.

A esta hora, que serian las quatro de la tarde, por auer sido bonancible el tiempo, y escaso, aunque amaneci sobre Calès, me hallè por lo dicho, y las corrientes, una legua de la costa de Inglaterra sobre el Puerto de Dunas, y si bien quisiera auer escusado la entrada en el, en execucion de las ordenes de V. M. el hallarse

innanegables la Capitana Real, y Santa Teresa, me obligaron à hazerlo, hasta ver señor si avia algun embaraco en la execucion de lo dispuesto, en razon de las cortesias di fondo à la boca del Puerto de Dunas, no en parte de la seguridad que se requeria; pero nada bastò para escusar que el Almirante que se hallaua en el con la Armada de Inglaterra, dexasse de embiarme à dezir que abatiesse la bandera, como tambien lo pretendiò otra Esquadra de nauios suyos, que encontrè en la mar, donde pude escusarlo: y queriendo tambien hazer lo mesmo, auiendo considerado el estado en que la Armada se hallaua, y la necesidad que podria auer del fauor deste Rey, para lo que restaua que hazer, y lo que V. Magestad encarga que no se llegue à disgustarle. Pareciò à todos que se concediesse con lo que pedia.

De aqui, con las embarcaciones mas à proposito que se hallaron, embiè el socorro à Madrid que, auiendo sido Dios seruido de que llegasse felizmente, y se diessè cumplimiento à las ordenes de V. Magestad, y al fin principal con que se preuino la Armada. Procurè repararme

Vida del señor

lo mejor que pude del daño recibido, aunque no sin dificultades, quando entrò la Armada Olandesa en el mesmo Puerto, y reconociendo el inconueniente de su vecindad, dispuso el Almirante de Inglaterra, que me leuasse de donde estaua, y que surgiesse donde el se hallaua: porque poniendose en medio con su Armada, se escusasse algun disgusto, en conformidad de la orden que tenia de su Rey. Nada bastò señor, para que el enemigo no procurasse violar este sagrado, acometiendome quando me viesse mas descuidado, de que tuue noticia a tiempo que recelandome tanto del enemigo descubier- to, como del amigo dudoso, me resolui salir à la mar, y presentarle la batalla, como lo hize, siguiendome de toda la Armada, solos veinte y un nauios.

Hasta aqui pongo la carta del señor Don Antonio: porque mi intento es solo escribir este suceso, sin que à nadie le sea de descredito, suspendiendo por esta razon algunos capitulos de la relacion, quiẽ quisiere ver que se hizo el resto de la Armada, lea al Marques Virgilio Malueci, en
los

los sucesos del año de treinta y nueve, y otras relaciones que andan sueltas.

Salió pues el señor Don Antonio seguido de los veinte y vn navios á la mar, donde esperó al enemigo en forma de batalla, que auiendosele juntado todos sus baxeles en numero de ciento y catorce, le fue siguiendo: y pareciendole que no podia escaparfele, le ciñó por todos lados, cogiéndole en medio, començose á pelear con notable obstinacion, conociendose entonces, que solo el valor Español podia suplir tan gran desigualdad: Parecióle al enemigo, que con mas facilidad podria vencer diuidiendose en esquadras, y echando á cada vno de los nuestros, los navios que bastassen á rendirle, ó quemarle con los de fuego (de que traía bastante numero) puso en execucion, siendo de los primeros que resistieron su furia Santa Teresa, Capitana de Don Lope de Hozes, que despues de auer sufrido las cargas de ocho navios que la cercaron, y peleado gallardamente, echando á algunos apique, no lo pudo

hazer à la violencia del fuego, que se le pegò de quatro, que compuestos villanamente de diferentes maquinas deste voraz elemento, la abordaron quemandola con casi la mayor parte de la gente, y entre ellos Don Lope, que asistió hasta lo último con notable valor. Al mismo tiempo lo passauan muy mal los nuestros opresos, mas del desigual numero de sus contrarios, que de su valor, y por esta razon obligados à su fatalidad, se rindieron seis nauios, y entre ellos la Capitana de Galicia, en que iba el Almirante Feixô, despues de auerle muerto menos trece, toda la demas gente, siendo de admiracion à sus mismos contrarios, tan señalada prueua de valor: los demas que pudieron escaparse, se hizieron à la mar, aunque muy maltratados. No le salió al enemigo tan barata la ganãcia, pues perdió à manos de los nuestros veinte de sus nauios.

Viendose desembaraçado ya de quien le pudiesse molestar, bolvió las proas de todos sus baxeles à la Capitana Real, que ha-

hasta aquel punto se auia estado acañoneándose con algunos del enemigo: vno de los Pilotos que asistían en ella, considerando que toda la Armada se encaminaua â cercarla propuso al señor Don Antonio, que pues tenia tiempo para voluerse al Puerto de Dunas, lo hiziesse, pues juzgaua por imposible, que pudiesse resistir â tan desigual fuerza, â que respondiô con enojo, que hasta entonces, jamas el enemigo le auia visto las espaldas, y que no permitiesse Dios, que con vna mancha tan grande menoscabasse su reputacion, que lo que se auia de hazer era arriar las velas de gauia, y esperar â pie quedo la Armada enemiga, como se executô al punto.

Conozco llegando â esta accion del señor Don Antonio la cortedad de mi ingenio, para darla el realce que merece, siendo digna de la eloquência de vn Tito Liuius, de vn Tacito, ô de vn Valerio; pues la emplearon en ponderar, y engrãdecir hazañas de sus Romanos, que con muchos quilates, aunque entren los Cesares, y Scipiones,

Vida del señor

nes, jamás llegaron á igualarla. Quien jamás vió pelear vn esquadro con vn exercito! ni quien vn nauio con vna Armada, y tá poderosa! (permitafeme dezirlo) nadie hasta agora, deuiendose esta gloria solo al señor Don Antonio. Admiró al enemigo tan gallarda resolucioñ, y no atreuiendose á abordarle luego, trató de desparejarle primero con la Artilleria, y despues rendirle: para lo qual dispuso que toda su Armada diuidida en dos troços, le fuesse dando la carga, por vno, y otro costado.

A este tiempo se hallaua el señor Don Antonio disponiendo lo necessario á su defensa, quando reparó que la mayor parte de la gente de mar, y infanteria se auia retirado debaxo de cubierta, menos la particular, y de mayores obligaciones. Hallóse confuso, y conociendo por otros exemplares, que el hablarles podria reducirles á mejor acuerdo. Baxó con presteza, y auiendoles juntado, les dixo con la breuedad, que la ocasion pedia estas

razones, *Que humor elado es, ò soldados, y compañeros míos, el que vilmente discurre por vuestras venas? acaso aueis olvidado, que aun no ha ocho dias que este enemigo, estos mesmos baxeles, y este General q̄ vemos delante, auien- dole embestido con sola esta Capitana, teniendo èl diez y siete nauios, nos boluiò infamemente las espaldas, y no atreuiendo se à esperar la carga q̄ le quise dar, se amparò de otro nauio suyo, poniéndose por su sotauento, y el siguiente dia cõ mucho mayor numero, jamas quiso hazernos frente? reparad el empeño en que nos hallamos, y considerad que no tenemos mas medio que el pelear. porque retirarnos no puede ser viviendo yo, rendirnos, y perder la libertad es de bestias, dexar que nos la quiten, de cobardes: quien por viuir queda sin reputacion es esclauo, y no sabe que la esclauitud no merece nombre de vida, y se dexa morir de miedo, de no dexarse matar: tenemos por honesto morir de enfermedad, y rehusaremos morir por nuestro credito? quien no vee la hermosura q̄ tiene el perder la vida, por no perder la honra, ni tiene honra, ni vida. Si Dios fuere seruido que en esta ocasion la per-*
da-

Vida del señor

damos, moriremos en defensa de la Religión Católica, contra tan implacables enemigos de ella, por el credito de nuestro Principe, y por la reputacion de nuestra Nacion, espero que auemos de salir bien deste empeño, y assi no os espante el numero, que quantos mas fueren, tendremos mas testigos de nuestra gloria, Santiago, y à ellos.

Siempre han tenido gran fuerza las palabras de los Generales con sus soldados: digalo Iulio Cesar á sus voces, bueltos leones en muchas ocasiones, los q̄ fugitiuos ciervos huía, y digalo otro Cesar Carlos V. no menos inuicto, quando en la jornada sobre Argel, viendo que los recién desembarcados Alemanes se retirauan de la innumerable multitud de los Moros, que los embestian, dando de espuelas al cauallo, se les puso delante con la espada en la mano, diziéndoles, *Bolved a ver huir los Moros, y pelead à mi lado como Alemanes por la Fè, y por vuestro Emperador.* Palabras que ayudadas del exemplo de su Principe (que es la mejor retorica) fueron ocasion de poner-

nerse en orden , y retirar â los Moros.

Boluiô pues â coronarse de gente la Capitana , tomando todos sus puestos, animandoles de tal forma las palabras, y presencia del señor Don Antonio, que deseauan circunstancias al peligro, para dar testimonio de su aliento. Cumplioseles este deseo: porque el enemigo no cesô todo el dia de darnos espesas cargas de artilleria, respondiendosele con tanta orden, que algunos que se atreueron â acercarse lo pagaron: auiendo echado a pique la Capitana sola mucha parte de los veinte baxeles que perdiô el enemigo.

Hame parecido poner por caso particular, lo que sucediô aquel dia , para que se conozca, que aunque el enemigo dispare muchas valas, es Dios solo quien las reparte, y quan dificultoso es huír lo que el Cielo tiene dispuesto. Lleuaua consigo el señor Don Antonio vn pajecillo, que por sus prendas, y nacimiento le era de estimaciô: al principio de la batalla mandô que le pusiesen en la parte mas segura: lleuaronle

Vida del señor

detras del arbol mayor, en lo mas baxo del nauio, y alli vna de las primeras valas que entraron le buscô, y le quitô la vida.

Viendo pues el enemigo que el dia se passaua, y que era mengua suya que vna nao sola resistiessse â toda su Armada, se resoluiô â abordar nuestra Capitana, y para esso escogio su Almirâta, y otras dos naos, y se vino acercando, â tiempo que conociendo el señor Don Antonio su intento, le aguardô, acabando de arriar la poca vela que tenia, y llegando (âsilo dize la carta) hasta los corredores, le diô con la artilleria la carga tan igual, que le hizo mudar al enemigo de resolucion, passando adelante, y siguiendole las que la acompaãauan, deuiendosele el logro desta accion al Almirante Miguel de Orna; que con orden particular de su Magestad âsistia en la Capitana (y quien se encargô de executarla, perdiendo en testimonio de su valor el ojo derecho en esta ocasion) desto se le hizo despues cargo al General Olandes por los Estados: â que respondiô que la Capitana

Real

Reál de España con Don Antonio de Oquendo dentro, era inuencible: en fin quiso Dios que viniese la noche, con la qual pudo casi milagrosamente entrar en Mardique tan destrozada, que aseguran personas de credito que se hallaron dentro, que tenia mil y setecientos valaços de artilleria quando entrô en el puerto, y â este respecto todo lo demas.

El señor Don Antonio se hallô en todo el viaje con muy poca salud, y ayudada poco con tanta fatiga, le obligô vna calentura lenta â rendirse â la cama, aviendo mas de quarenta dias que no se desnudaua, y abriendo vna ventana de donde se descubria el puerto, y viendo en él la Capitana, se boluiô â los que le asistian, diciendoles: *Ami ya no me falta mas que morir, despues de auer traído aquella nao, y aquel Estandarte con reputacion a este Puerto.*

Morir con credito, es coronar todas las acciones de la vida, y morir sin él es no auer viuido. Poco le aprouecharon al gran Pompeyo tantos triunfos, y vitorias, si al

Vida del señor

cabo pereció â las manos de vn vil esclauo, por ordẽ de Ptolomeo Rey de Egipto, de quien dixo Iubenal, auindole dado en Campania vna enfermedad antes de la batalla de Farfalia :

*Prouida Pompeo dederat, Campania febres.
Optandas, sed multe urbes, Et publica vota
vicerunt.*

Dióle Campania calenturas, que deuiera auer deseado, mas vencieron los ruegos de las Ciudades, y los votos publicos, ponderando la ceguedad de los hombres que por su salud hizieron votos, y sacrificios, pidiendo vida â quien si alli muriera fobrarán sepulturas , con titulo de inuencibles.

Cresso poderoso Rey de Lidia, y el mas rico de toda la Afsia, acabô tan infelizmente , que puesto en vna hoguera por Ciro Rey de los Persas, le faltô vn vaso de agua con que mitigar el fuego en que se abrasaua.

Policrates, vno de los mayores Capitanes de su tiempo , le vieron sus mismos

vas-

váffallos puesto en vna Cruz en el monte Mitelo, por vn Capitan de Dario.

Belisario, espanto de Italia, y del Mundo, acabô no pudiendo sustentarse, aun de la limosna que mendigaua.

Y mas â nuestros tiempos, con que reputaciõ, despues de tãtas hazañas, huuiera muerto el Conde Pedro Nauarro, si con la infamia de auer dejado el seruicio del señor Emperador Carlos Quinto, no huuiera merecido morir cõ vn garrote â las manos infames de vn verdugo.

Estos, y otros infinitos, desearon la vida para tener tiempo de rodear de calamidades su postrera hora, siendo su mayor infelicidad, lo que tuuieron por mayor dicha.

El temporal que cargô despues de auer entrado el señor D. Antonio en Mardique, siendo ya por Octubre, y lo malparada que estaua la Capitana, fue ocasion de detenerse en aquel Puerto, Inuernando en él, donde se le juntaron algunos baxeles de la Armada, y con ellos reparados lo mejor que

Vida del señor

que se pudo, dió buelta para España por Marco del año de quarenta.

Hallauase muy malo el señor Don Antonio, y conociendo que el tiempo que tenia la Armada era á proposito para poder llegar al passaje, media legua de su casa, donde podria cuidar mejor de su salud, se lo propusieron algunos de los que le assistian: á que respondiô, que la orden que tenia, era de boluer á la Coruña, y que nunca podia mirar mejor por si, que quando acreditasse su obediencia con su muerte. Entrô en aquel Puerto, y sin darle hora de sosiego vna importuna fiebre q̄ le affligia, se fue continuando su enfermedad de forma que los Medicos desahuciaron de su vida, aunque dijeron duraria algun tiempo. Este llegô á três meses, pocos dias antes que muriesse, les pidiô que quando le juzgassen ya inhauil para poderle aplicar remedios, le permitiessen para mitigar el gran calor con que se hallaua, beuer vn vaso de agua fria á su satisfacion, ofrecieronfelo, y llegando el dia siete de Junio del

del año de quarenta, à las ocho de la mañana, le dijeron, considerando que le restauan muy pocas horas de vida, que ya podia beuer el vaso de agua; pidiòle con instancia, y despues de auerse incorporado en la cama, tomándole en las manos, y conociendo que le iban faltando las fuerzas, y que podia hazer à Dios sacrificio de aquel gusto, como otro David: *Liuauit eam Domino*: Ofreciòla à Dios, y derramò el vaso.

No le quedaua al señor Don Antonio que vencer sino à si mismo, que es la mayor vitoria, y pidiendo vn deuoto Crucifijo, auiendo reciuido los Sacramentos muy à tiempo, sin hablar mas palabra, haciendo feruorosos actos de amor, al tiempo que el Santissimo Sacramento (era dia del Corpus) llegò à emparejar con la puerta de su casa, le entregò aquel espiritu, que en defensa de su Santa Fè tãtas vezes empleò: aun muertos los hombres insignes, tienen señales que los acrediten, diferenciandolos de los demas, auiendo abierto el cuer-

Vida del señor

cuerpo del señor Don Antonio para embalfamarle, y llevarle despues al Colegio de la Compañia de Iesus de la Ciudad de San Sebastian, fundacion de su piedad: le hallaron en la punta del coraçon tres cerdas gruesas, credito sin duda de su valor.

Murió el señor Don Antonio de edad de sesenta y tres años, fue dotado de todas las prendas que se pueden desear en vn Cauallero, y entre las demas fue con particularidad vno de los mejores hombres de â cauallo de su tiempo, con auerse criado en la mar, desde diez y seis años, fue diestrissimo en el manejo de las armas, saliendo de algunos empeños particulares (nunca ocasionados de su parte) cō el credito que el Mundo sabe, no le faltaron emulos (circunstancia) de sus meritos, estos sin duda alguna vez le dieron nombre de desgraciado, siendo tan al contrario, que jamas perdió nauio en que peleó, ni vassel en que nauegasse, menos vno, siendo General de Cantabria, con vn temporal: nunca el enemigo le vió retirarse, ni le

le sacô gota de sangre , no auiendo armado se en su vida, con auer peleado tantas vezes. Perder peleando, ô nauegando algunos nauios, no es desgracia que se le pueda dar esse nombre, quando no depende del vassallo elejir los tiempos para nauegar, ni disponer los medios para pelear.

El señor Don Antonio fue desgraciado en auer tenido por emulos los que podian engrandecerle, auiendo quedado su casa sola en estos Reynos sin participar de la grandeza, y liberalidad de sus Princeses, aunque con la gloria de auer merecido lo que no acertô à conseguir.

E I N.